

La política europea de Obama y las relaciones transatlánticas

Obama's European policy and the transatlantic relations

Juan Tovar Ruiz

Investigador posdoctoral, Universidad Carlos III de Madrid
juan.tovar@uc3m.es

Resumen: La relación transatlántica ha sido uno de los factores fundamentales de estabilidad y seguridad en el sistema internacional a lo largo del siglo xx. Durante el primer mandato presidencial de Barack Obama, en Estados Unidos se planteó un nuevo debate en torno a su vigencia que tiene poca relación con el que existía con anterioridad. De las discrepancias sobre la guerra de Irak y las críticas por el escaso gasto en defensa europeo, se ha pasado a cuestionar la relevancia europea por los cambios de poder en el sistema internacional con la aparición de nuevas potencias, por la pérdida de interés estratégico para las nuevas generaciones de líderes estadounidenses, y por la crisis económica que ha abierto un nuevo debate sobre el declive de Europa. Con todo, el análisis del discurso y la política exterior de la Administración Obama, parece llevar a concluir que la alianza entre ambos socios del Atlántico va a mantener su carácter estratégico a corto y medio plazo.

Palabras clave: Estados Unidos, Europa, relación transatlántica, política exterior, orden internacional

Abstract: *The Transatlantic relationship has been one of the most important pillars for stability and security in the international system in the 20th Century. During the first Obama Administration, a new, different debate was opened concerning its relevance. From the divergences over the Iraq War and the scarce expenditures on defense of the European allies, the importance of transatlantic relations has been called into question due to changes in the global balance of power and the rise of emergent powers, the loss of strategic interest by new generations of American leaders and, finally, the economic crisis and the new debate on the decline of Europe. In spite of all that, a more careful analysis of the Obama Administration's discourse and foreign policy leads the author to conclude that this Alliance will maintain its pre-eminence over the mid-term future.*

Key words: United States, Europe, Transatlantic relation, foreign policy, international order

El 22 de octubre de 2012, en el marco de unas reñidas elecciones presidenciales en Estados Unidos centradas en cuestiones económicas, se celebró un debate entre los dos candidatos, el presidente Barack Obama y el exgobernador de Massachussets Mitt Romney, sobre cuestiones de política exterior. En el citado debate se trataron algunos asuntos considerados clave en este ámbito para Estados Unidos en el mundo actual como: el plan nuclear iraní, las consecuencias de la intervención en Libia, las relaciones con Rusia o China, la política hacia Pakistán o la crisis siria. Sin embargo, el debate apenas hizo referencia o mención a Europa, una región anteriormente vital para Estados Unidos, a pesar de la importancia de la crisis económica y del peso que tiene en la economía estadounidense¹. Este hecho, solo comparable al desinterés mostrado hacia Latinoamérica en el citado debate, no pasó desapercibido para medios y analistas, y reforzó algunas de las visiones existentes hoy en día que ponen en cuestión el interés de Estados Unidos por una Europa inmersa en una profunda crisis económica que la cuestionaría como aliado frente a potencias emergentes cada vez más relevantes en el cambiante sistema internacional del siglo XXI. A la vista de dichas percepciones, este artículo pretende indagar en algunos de los aspectos clave planteados en la presente crisis de las relaciones transatlánticas. Una crisis diferente de otras precedentes –como la referida a los desacuerdos como consecuencia de la guerra de Irak o a las tradicionales quejas estadounidenses en relación con el escaso gasto en defensa europeo o a la voluntad de participar en el mantenimiento de su propia seguridad o en empresas comunes como la reciente intervención en Libia– y posiblemente mucho más profunda.

Todo ello permitirá diagnosticar las razones fundamentales de la presente crisis, con especial énfasis en el debate que se ha desarrollado en Estados Unidos. Se pretende con ello contribuir a indagar en la búsqueda de soluciones que permitan mejorar una relación que, a la luz de las percepciones mostradas por los líderes políticos, los debates producidos en el seno de los *think tanks* o la academia estadounidense y la opinión de destacados estadistas estadounidenses, no parece transcurrir por su mejor momento, pese a la indudable relevancia histórica que ha tenido para el mantenimiento de la seguridad y estabilidad en el sistema internacional.

1. Véase, entre otras múltiples noticias, «Obama vence en el debate final al mantener a la defensiva a Romney», *El País*, 23 de octubre de 2012.

Marco analítico

Antes de comenzar con el análisis es preciso subrayar la existencia de una extensa literatura académica en materia de política exterior de Estados Unidos que abarca múltiples dimensiones y de la que aquí solo ofreceremos una muestra limitada como base para el análisis. Un ejemplo claro sería el de los procesos de toma de decisiones, los organismos con cierta relevancia en su configuración como el presidente, el Departamento de Estado, el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Defensa, las juntas de Estado Mayor, el Congreso e incluso los *think tanks* o los grupos de interés privado (Brown y Snow, 2000; Neustadt, 1990). De igual manera, han sido publicadas obras clave sobre los paradigmas, corrientes de política exterior, ideologías etc., que orientan su política exterior y la han dotado de enorme riqueza a lo largo del tiempo (Mead, 2002; Vaisse, 2010; Smith, 2008; Pfaff, 2010). Incluso, se han escrito múltiples obras y análisis que, desde el punto de vista concreto de la personalidad de cada uno de los presidentes estadounidenses, han dado cuenta detallada de las doctrinas y la política exterior de cada uno de ellos (Brzezinski, 2007; Mann, 2004, 2012; Woodward, 2006). Finalmente, cabe destacar también la existencia de literatura relativa a casos de interés para la política exterior de Estados Unidos como pueden ser, a modo de ejemplo, los de Irak o Afganistán (Haass, 2009; Dobbins, 2008).

En lo que respecta a las relaciones transatlánticas, desde finales de la Segunda Guerra Mundial e incluso desde la intervención estadounidense guiada por el presidente Wilson en la Primera, que permitió la expansión de la doctrina que lleva su nombre y que tan relevante ha sido para la creación de una «comunidad de valores» en ambos lados del Atlántico (Sloan, 2010), la relación de Estados Unidos con Europa ha sido uno de los pilares centrales de la seguridad y estabilidad en el sistema internacional. Tras la Segunda Guerra, la alianza forjada por la Administración Truman, y materializada en la creación de la OTAN en 1949, tuvo un papel central durante la Guerra Fría como catalizador de la acción internacional de ambas orillas del Atlántico, e históricamente fue garante de la supervivencia de sus integrantes frente al bloque soviético (Kaplan L., 2007). Tras el fin de la Guerra Fría y los consiguientes cambios en el sistema internacional que llevaron a la desaparición del adversario tradicional, dicha relación tuvo que reformarse y adaptarse a nuevos tiempos siguiendo las doctrinas de la posguerra fría, entre las que cabe destacar la formulación de la doctrina Clinton con el objetivo de expandir la economía de mercado y la democracia liberal², así como la creación de una «comunidad de democracias»

2. Véase «Remarks of Anthony Lake», assistant to the president for National Security Affairs (21 de septiembre de 1993): <https://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/lakedoc.html>

siguiendo los criterios de la secretaria de Estado Madeleine Albright (2003). Durante todo este periodo, conflictos como el de Bosnia o Kosovo, en el marco de la fragmentación de Yugoslavia, mantuvieron para bien o para mal a Europa como una región estratégicamente prioritaria para Estados Unidos en el contexto de desintegración del antiguo bloque soviético, si bien la actuación europea en el conflicto de Bosnia provocó las primeras críticas hacia la debilidad de una acción exterior concertada (Holbrooke, 1999).

En este sentido, los aliados europeos participaron de manera desigual en algunas de las iniciativas estadounidenses resultado de la denominada «Guerra global contra el terror» y la formulación de la denominada «doctrina Bush», tal y como se recoge en la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002³. Si bien el conflicto y posterior proceso de construcción estatal en Afganistán no levantó grandes críticas, no puede decirse lo mismo respecto del caso iraquí, que dio lugar a una intensa literatura en el marco de grandes manifestaciones y debates que dividieron el continente en lo que, como resultado de una famosa entrevista realizada al entonces secretario de Defensa Donald Rumsfeld, se denominaría la división entre «la *nueva* y la *vieja* Europa», en función del apoyo o rechazo a los planteamientos estadounidenses en Irak (Serfaty, 2005; Parsi, 2006). Con todo, estos debates surgidos a lo largo del tiempo entre los diferentes aliados del espacio atlántico no dieron lugar a disputas duraderas, ni fueron sustancialmente diferentes de pasados debates relativos al apoyo decidido europeo a las iniciativas estadounidenses o a la falta de apuesta por el poder duro en un sentido más tradicional (Kagan, 2003), ni tampoco puede sostenerse la idea de que la relevancia estratégica de Europa se viese minusvalorada durante este periodo.

Los debates actuales sobre el papel de Europa en el mundo en el marco de la política exterior de la Administración Obama tienen un cariz diferente y están asentados sobre cuestiones potencialmente estructurales que han afectado a las percepciones de algunos líderes europeos sobre el estado de las relaciones transatlánticas; ello también se relaciona con una serie de *desplantes* que los europeos han ido percibiendo respecto de la Administración estadounidense, tras los iniciales momentos de euforia, materializados en la ausencia del presidente estadounidense en la tristemente fallida Cumbre de Madrid de 2010⁴ sobre relaciones transatlánticas, que fueron parcialmente recuperadas en la Cumbre de Lisboa de noviembre de ese mismo año. En este artículo analizaremos tres de dichos factores estructurales: los cambios

3. Véase *The National Security Strategy* (septiembre de 2002): <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/nsc/nss/2002/>

4. «Obama no asistirá a la cumbre entre la UE y Estados Unidos de mayo en Madrid», *El País*, 1 de febrero de 2010.

en la estructura de poder del sistema internacional; la nueva actitud hacia Europa por parte de nuevas generaciones de líderes estadounidenses que ha sido objeto de debates sobre el *declive* o la *irrelevancia* de Europa en el mundo actual en los *think tanks*, medios de comunicación y grupos ideológicos estadounidenses; y la crisis del euro y del propio proceso de integración europeo.

El análisis se estructura en un marco doble que abarca dos perspectivas contrastadas: por una parte, una perspectiva cercana al constructivismo, que reconoce la importancia de la interacción entre los actores, las cuestiones identitarias e ideacionales, así como el análisis del discurso (Wendt, 1992, 1999); por la otra, una perspectiva realista, que otorga relevancia a factores materiales de explicación de la realidad (Mearsheimer, 2001) y a la necesidad de buscar una evidencia empírica a la hora de sostener afirmaciones acerca de el estado de las relaciones transatlánticas. Para ello se utilizan tanto el análisis de discursos y documentos oficiales, como monografías o artículos de análisis políticos elaborados por autores con un peso destacado en el ámbito político, en los *think tanks* o en la academia estadounidense. Dada la actualidad del tema, es preciso destacar que la mayor parte de las fuentes utilizadas son muy recientes y tratan de potenciar la visión de un debate que trasciende el ámbito académico y se ha trasladado a los *think tanks* y los medios de comunicación. El análisis hace referencia a Europa, tanto entendida como el conjunto de estados que componen la región como a la Unión Europea (UE) en sí, teniendo presente la existencia de diferentes políticas por parte de los diferentes estados, incluso entre los que conforman la UE.

La doble perspectiva teórica del estudio explica la estructura del presente trabajo, que se divide en un primer análisis de discursos y documentos oficiales, centrado principalmente en la posición de la Administración Obama y sus líderes en relación con Europa a efectos de averiguar la relevancia otorgada a la región; y en una segunda dimensión empírica, que narra los diferentes debates surgidos en los últimos tiempos sobre la relevancia europea en el mundo y la importancia de sus vínculos con la potencia norteamericana. Todo ello con la finalidad de refutar o aseverar en las conclusiones las afirmaciones que se desarrollan a lo largo del trabajo.

Un análisis de los discursos: la Administración Obama y Europa

La relación de la Administración Obama con Europa ha atravesado diferentes fases y no necesariamente todas han tenido una naturaleza particularmente dulce. Ello puede observarse en los diferentes discursos lanzados por el presidente y otros

miembros de su Administración a lo largo del tiempo. Así pues, y respecto al discurso preelectoral del primer mandato presidencial de Obama, las menciones realizadas a los aliados europeos vinieron marcadas por la necesidad de restablecer las antiguas alianzas con el otro lado del Atlántico afectadas por la divergencia sobre la cuestión iraquí. El restablecimiento de relaciones con sus aliados de la OTAN como el Reino Unido, Francia o Alemania, fue mencionado como prioritario de manera particular en cuestiones relacionadas con la seguridad, aunque en igualdad de condiciones que las relaciones con sus aliados asiáticos e incluso subrayando la necesidad de establecer una relación transpacífica. Sin embargo, el presidente resaltó en sus memorias la importancia otorgada a los años de infancia en Indonesia como vínculo inicial con la realidad internacional (Obama, 2008).

El primer año de la Administración Obama coincidió con los grandes discursos del presidente referentes tanto a cuestiones relativas a la seguridad nacional estadounidense como a los desafíos transnacionales que consideraba más acuciantes, entre ellos, el cambio climático, la desnuclearización o la necesidad de establecer regulaciones financieras, tal y como se recogía en su discurso de Londres de 2009⁵. No fue la única ocasión en que tuvo la posibilidad de hacer referencia a estas cuestiones. En el primer viaje oficial del mandatario estadounidense a Europa, durante la Cumbre de Relaciones Transatlánticas en Praga, lanzó un discurso en el que no faltaron referencias elogiosas a la construcción de «una Europa unida y libre» como un sueño en el cual Praga estaría en el centro; ni tampoco elogios a la OTAN y a sus aliados, e incluso hizo referencias a la Guerra Fría. Todo ello en el marco de una alocución centrada en el desafío que supone la proliferación nuclear para el mundo⁶ y en un momento en que el presidente estadounidense todavía *arrasaba* entre las masas y líderes europeos y era considerado, frente a su predecesor, un paladín del multilateralismo.

En uno de sus primeros viajes a Asia, en una visita a Tokio en noviembre de 2009, Obama lanzó un nuevo discurso que comenzó a plantear un cierto cambio de prioridades. Expresó, en cierto tono autoidentitario, la necesidad de fortalecer los lazos con sus aliados asiáticos, así como la presencia estadounidense en la región, y se proclamó «el primer presidente del Pacífico»⁷. Fue la primera confirmación, junto con su alineamiento con las potencias emergentes en la Cumbre de Copenhague

5. Véase «Obama Hails G-20 summit as a turning point», *NBC News*, 2 de abril de 2009.

6. Véase http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-By-President-Barack-Obama-In-Prague-As-Delivered

7. Véase <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-barack-obama-suntory-hall>

de 2010 sobre cambio climático, de lo que diferentes analistas (Mann, 2012; Gelb, 2012) entenderían como una política exterior centrada en priorizar las relaciones estadounidenses con las potencias emergentes «a expensas» de la tradicional relación transatlántica con Europa⁸. En ese sentido, líderes europeos tan destacados como la alta representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Catherine Ashton, llegaron a expresar su preocupación por la «perdida de interés estratégico» de Europa para Estados Unidos⁹. De hecho, ese mismo año ya supuso un cierto cambio en dichas relaciones en lo que se percibió como el mayor desplante de la Administración Obama a sus socios europeos: su ausencia en la fallida Cumbre de Relaciones Transatlánticas de Madrid de 2010 alegando cuestiones de agenda interna. Este hecho deslució la presidencia española de la Unión Europea, confirmó los temores de los líderes europeos sobre el distanciamiento por parte de la potencia estadounidense y llevó a los líderes europeos a considerar al presidente Obama como un líder «frío y distante» y muy poco europeo.

Este momento coincidió con la publicación de la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2010¹⁰. En cierto modo era una estrategia poco coherente si de lo que se trataba era clarificar la aun desconocida doctrina Obama, pero interesante a la hora de destacar los objetivos y prioridades de su Administración. En el apartado sobre Europa, la estrategia hace referencia de manera elogiosa a sus aliados, e incluso llega a plantear que «la relación de Europa con Estados Unidos es la piedra angular de nuestras relaciones con el mundo y un catalizador de nuestra acción internacional». Ahora bien, aunque destaca los elementos comunes entre estadounidenses y europeos y fija la importancia de esta relación y los objetivos estratégicos en la región, plantea lo mismo respecto de los aliados asiáticos de Estados Unidos a la hora de afrontar desafíos comunes y cuestiones relacionadas con la seguridad, el cambio climático o los derechos humanos. La citada estrategia reconoce la necesidad de colaborar con la UE en aspectos de mutuo interés y, concretamente, en lograr la democratización y prosperidad del este europeo, además de plantear que el proceso de integración europeo es bueno para Estados Unidos, si bien también marca la prioridad del trato bilateral en cuestiones de seguridad con los aliados de la OTAN y menciona a tres países en concreto: Reino Unido, Francia y Alemania. Por su parte, el informe que se conoce como la «Revisión Cuatrienal de la Defensa» (*Quadrennial Defense*

8. Por utilizar la expresión del presidente estadounidense de la entrevista recogida en la nota 12.

9. «La Unión Europea reconoce que ha perdido interés para Estados Unidos», *El País*, 18 de diciembre de 2010.

10. Véase http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf

Review Report)¹¹ del Departamento de Defensa, de febrero de 2010, confirma la centralidad de la alianza atlántica –con expresa mención a la UE y a la creciente importancia de la misma y de su relación con la OTAN– como elemento central de seguridad para Estados Unidos; aunque también se reconoce implícitamente, al mencionar los desafíos planteados por el crecimiento económico de la India y, sobre todo, de China, la creciente importancia de Asia como región geoestratégica de primer orden.

El *desplante* de la Administración Obama en Madrid se intentó solucionar en la citada Cumbre de Relaciones Transatlánticas que se celebró tras la Cumbre de la OTAN en Lisboa los días 19 y 20 de noviembre de 2010. En ella se fijó una reunión de tres horas con los nuevos líderes de la UE –frente a los cinco días previos de gira por Asia– en la que se trataron sobre todo cuestiones de índole económica y de segundo orden en materia de seguridad. Fue precisamente en este contexto cuando Barack Obama concedió una entrevista¹² en la que afirmó, entre otras cosas, que el reforzamiento del papel estadounidense en Asia «no se hace a expensas de Europa» y que «ante cada desafío, Estados Unidos consulta con Europa para hacerle frente». Argumentaba que no solo Estados Unidos sino también Europa estaban incrementando su presencia en otras regiones del mundo. Probablemente la referencia más interesante que el presidente estadounidense realizó a este respecto fuese la idea de que Estados Unidos trabajaba y consultaba con Europa para hacer frente a los desafíos «porque ambos aliados comparten valores e ideales».

En cierto sentido, la denominada Primavera Árabe implicó un cierto punto de inflexión en la relación de Estados Unidos con Europa. Los movimientos de protesta que acabaron por derribar a algunas *autocracias* de larga duración supusieron un nuevo momento de acercamiento entre los aliados, que se manifestaría de manera central en la intervención en Libia y en unos discursos que, nuevamente, priorizaron la forma de gobierno, los valores y los ideales. Este acercamiento quedó marcado por la revitalización de la *relación especial* que el Reino Unido mantiene con Estados Unidos¹³ plasmada en el discurso de Obama en Londres¹⁴, probablemente el más proeuropeo de su primer mandato. En este

11. Véase <http://www.defense.gov/qdr/qdr%20as%20of%202026jan10%200700.pdf>

12. Véase http://internacional.elpais.com/internacional/2010/11/19/actualidad/1290121208_850215.html

13. Y de la que ciertos telegramas de *wikileaks* mostraron la ironía de los diplomáticos estadounidenses.

14. Véase <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/05/25/remarks-president-parliament-london-united-kingdom>

discurso, además de la cuestión central de revitalizar esta relación especial, llegó a afirmar que era falsa la idea de que el ascenso de las potencias emergentes suponía limitar la influencia estadounidense o europea, aunque consideraba positivo que las potencias emergentes compartieran futuras responsabilidades. Igualmente subrayó el papel de los valores e ideales comunes que unían a estos aliados, elogió a la OTAN como «la alianza más exitosa de la historia de la humanidad», y planteó la necesidad de confrontar los desafíos comunes como el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva, los problemas económicos o el plan nuclear iraní en referencia a las sanciones adoptadas por la UE.

Sin embargo, este nuevo acercamiento se quedó pequeño al lado de las discrepancias surgidas durante el conflicto libio, por la insuficiencia de recursos aportados por algunos de los socios de la OTAN a la intervención y su incapacidad para confrontar al régimen de Gadafi en el citado conflicto, hecho que obligó a un compromiso estadounidense mayor de lo que la Administración Obama hubiese deseado. Es aquí donde se marca uno de los discursos más críticos de este periodo con los aliados europeos: el discurso de despedida, en junio de 2011, del secretario de Defensa Robert Gates¹⁵, uno de los estadistas asociados al campo realista más destacados de los círculos políticos de Washington. Es un discurso esencialmente crítico con los aliados europeos, con unos razonamientos mayoritariamente de índole tradicional, que coinciden con algunas de las principales quejas de los líderes estadounidenses frente a los europeos. Entre ellas destaca el escaso gasto en defensa de los aliados europeos, excepto Francia y Reino Unido, o países como Grecia y Albania, que nunca llega al 2% del PIB en defensa. En contraste, Estados Unidos aporta el 75% del gasto total destinado a la OTAN (cuando en la Guerra Fría había sido del 50%). Para Gates es un hecho que debería ser corregido, máxime teniendo en cuenta la falta de capacidades derivadas del escaso gasto en defensa de los estados europeos, demostrada en conflictos tan relevantes como Afganistán o Libia. Sin embargo, para el Secretario de Defensa estadounidense el gasto total europeo en defensa, que teóricamente supondría unos 300 millones de euros, sería enormemente efectivo si las prioridades y organización estuvieran bien diseñadas, pero en la actualidad es «menos que la suma de las partes». Además, consideraba inaceptable la división de trabajo entre los países europeos, con solo unos pocos decididos a participar en las operaciones de combate, como Dinamarca o Suecia, que suponían el 12% de los ataques pese a la limitación de capacidades de estos socios de la OTAN.

15. Véase <http://www.defense.gov/speeches/speech.aspx?speechid=1581>

No obstante, lo más interesante del discurso fue, precisamente, una reflexión sobre la complicada situación fiscal estadounidense, que obligaría a futuras administraciones, en un contexto de recortes en el presupuesto de defensa, a replantear sus prioridades. Sería previsible que, ante la falta de voluntad política europea por asumir un mayor papel en su propia defensa, con líderes que carecían de la experiencia histórica que él tenía, forjada durante la Guerra Fría, se pudiese concluir la inutilidad del gasto estadounidense en la OTAN; sobre todo en un momento en que la prioridad estratégica de Europa para Estados Unidos no era la misma que en el pasado, así que este país podría llegar a desvincularse de la relación planteada con sus antiguos aliados. Con todo, consideraba que no era una posibilidad ineludible, pero era necesario que los aliados estadounidenses en Europa hicieran lo posible por evitarlo. Esta visión tan crítica hacia Europa no era exclusivamente por una cuestión militar o geopolítica, sino también económica. De hecho, tal y como pudimos observar en el último debate electoral de las elecciones presidenciales sobre política exterior ya mencionado, las pocas referencias que se hicieron a Europa por parte de los líderes estadounidenses estuvieron más relacionadas con los problemas de ciertas economías europeas, como Grecia y España, o con el riesgo de un hipotético fin del euro y de la crisis en Europa como amenaza para la economía o los empleos estadounidenses. Todo ello condicionó una visión negativa sobre el continente europeo que se prolongó de manera extendida en medios de comunicación y que se reflejó en diferentes declaraciones durante la campaña presidencial¹⁶.

Sin embargo, el discurso de Hillary Clinton, el 29 de noviembre de 2012 en el prestigioso *think tank* Brookings Institution, permite albergar esperanzas de revitalización de la relación transatlántica; aunque cabe subrayar que, dentro del esquema de toma de decisiones en política exterior de la Administración Obama, la entonces secretaria de Estado no se puede considerar una de las figuras más cercanas al presidente. En dicho discurso¹⁷, Hillary Clinton volvió a poner de relieve que Europa y Estados Unidos estaban unidos por valores e intereses comunes, y remarcó algunos de los desafíos a los que hacían frente: como el terrorismo, la situación en Afganistán o el plan nuclear iraní. Contrastó el importante papel de Estados Unidos en Kosovo frente a su menor implicación en Libia, pese a la constatación de la debilidad de

16. Véanse, entre otros muchos, «Obama: Euro Crisis Could Affect My Re-Election», *Huffington Post News*, 20 de junio de 2012; y «Romney's strong debate showing puts Europe on edge», *Reuters*, 4 de octubre de 2012.

17. Véase <http://www.state.gov/secretary/rm/2012/11/201223.htm>

capacidades militares europeas demostradas durante el conflicto. En dicho discurso llegó incluso a afirmar que el giro hacia Asia no implicaba que Estados Unidos se desvinculase de Europa, sino que era de interés estadounidense una mayor presencia europea precisamente en Asia.

El debate estadounidense y las relaciones transatlánticas

Tres factores estructurales —el ascenso de nuevas potencias, la pérdida de interés en Europa por parte de las nuevas generaciones de líderes políticos estadounidenses y la crisis económica— van a tener su lugar en los principales debates planteados en la academia y en los *think tanks* estadounidenses sobre la importancia de las relaciones transatlánticas. A continuación se irán desglosando de manera somera cada uno de ellos.

El ascenso de las potencias emergentes

Tal y como ya se ha expuesto, el primer debate de interés, y probablemente el más importante, tiene relación con la visión *declinista* de Europa. Este hace referencia a los cambios que se han producido en el sistema internacional recientemente y a la aparición de un nuevo orden mundial donde Estados Unidos y, principalmente, Europa perderían influencia frente a una serie de potencias emergentes que quedarían ejemplificadas por el denominado grupo BRICS (Brasil, Federación Rusa, India, China y Sudáfrica). En octubre de 2003, la consultora Goldman Sachs había presentado el famoso informe que dio a conocer dicha denominación, asentado principalmente sobre una serie de cifras de crecimiento macroeconómicas y perspectivas basadas en esta tendencia¹⁸. Más tarde, el propio creador del concepto, Jim O'Neill (2011), escribió un libro en el que explicaba la adopción del mismo y las razones que le llevaron a su presentación, argumentando que la apuesta demostrada con el informe había acabado convirtiéndose en una realidad que otras potencias emergentes podrían seguir muy pronto. Esta visión, sin embargo, tiende a centrarse en la perspectiva puramente económica, y

18. Véase <http://www.goldmansachs.com/ceoconfidential/CEO-2003-12.pdf>

en tiempos recientes han comenzado a aparecer otros trabajos que ponen en cuestión el futuro planteado y advierten del agotamiento del modelo de crecimiento económico de las potencias emergentes, en un claro retorno al orden económico internacional usual en los últimos tiempos o, como mucho, parecido al existente en los años cincuenta (Sharma, 2012).

El ascenso de los BRICS muy pronto empezó a ser estudiado en diferentes trabajos del ámbito de las relaciones internacionales, en los que estas perspectivas de crecimiento iban acompañadas por la creación de un «nuevo orden mundial», marcado por el «ascenso de los demás», es decir, de aquellas potencias emergentes que habían tenido un papel marginal en el sistema internacional creado por Occidente a lo largo de los últimos siglos y que ahora planteaban una reconfiguración del mismo. De tal forma, Fareed Zakaria (2009) expuso en su obra el crecimiento de dos de los gigantes asiáticos más importantes de los últimos tiempos, esto es, India y China, que a su juicio modificaría el orden internacional existente; en este sentido, llegó a realizar propuestas de cierta integración de China e India en el orden internacional preestablecido y a considerar la propuesta de una posible alianza entre la democrática India (el aliado) y Estados Unidos frente a la autocrática China (el adversario). La cuestión del «ascenso de los demás» abrió una discusión en torno a las cuestiones ideacionales y a la naturaleza del orden internacional del futuro. La división entre estados autocráticos y democráticos, tan usual en Estados Unidos con su discurso durante la guerra y posguerra frías, se reabrió de nuevo, pues numerosos autores consideran que las potencias emergentes no se limitan a adaptarse al orden construido por Occidente, sino que realizan sus propias propuestas. En esta línea, el intelectual neoconservador Robert Kagan (2008) propuso la creación de una Liga de Democracias ante lo que denominó «el retorno de la historia» y la nueva confrontación entre los estados democráticos y estados autocráticos, como China o Rusia, que habrían adoptado la economía de mercado.

Azar Gat (2008), por su parte, apuntó la aparición de grandes potencias autoritarias que, al igual que Alemania o Japón en el pasado, habían adoptado la economía de mercado de una manera altamente exitosa y suponían un modelo alternativo frente al de Occidente. Otro autor, Charles Kupchan (2012), expuso la enorme ingenuidad de los líderes occidentales, en un momento en el que los aliados del Atlántico atraviesan una profunda crisis política y económica, al considerar que el camino planteado por Occidente es el único válido ya que ese modelo de desarrollo occidental responde a las condiciones históricas concretas en las que se produjo; añade, asimismo, que incluso las potencias emergentes con una forma de gobierno democrática, como Brasil e India, son *reacias* a seguir el modelo occidental, y lo han demostrado en la práctica, en el marco de un nuevo orden mundial sin potencias claramente hegemónicas. Si el diplomático de Singapur Kishore Mahbubani (2008) compartía dicha reflexión, la obra del

politólogo Larry Diamond (2008) también parece ir en esta dirección cuando expone que, tras los fracasos estadounidenses en Afganistán e Irak, el ascenso de cierto realismo político pondría en un segundo lugar los esfuerzos por exportar la democracia, en un momento en el que nuevos modelos hacen su aparición y se percibe en ciertos estados emergentes una regresión hacia la autocracia.

Por otra parte, sin perder la perspectiva crítica en relación con los problemas y dificultades que atraviesan las relaciones transatlánticas a todos los niveles, el académico Erwan Lagadec (2012) manifestó que, más allá de las cifras de crecimiento macroeconómicas y pese al ascenso de las potencias emergentes, la primacía del espacio atlántico, desde un punto de vista económico, comercial, militar y político, iba a mantener su statu quo a corto y medio plazo, ya que las cifras de intercambio económico, comercial, inversión directa o el nivel de gasto militar de manera total y cualificado, siguen estando en el lado de las potencias occidentales, superando ampliamente a las de las *nuevas* potencias emergentes. A modo de ejemplo, frente a un gasto aproximado estadounidense de 700.000 millones de dólares anuales en defensa, China –la potencia emergente que mayor gasto ha venido realizando en este ámbito– se mantiene entre una décima y una séptima parte del mismo. En el caso del resto de BRICS, se estima un gasto en defensa de entre unos 35.000 y unos 50.000 millones en 2010 (en el caso de la India o Brasil, ello representa entre un 1,6% y un 2,8% del PIB), lo que les situaría al nivel de una potencia media en este ámbito. En el campo económico, y en relación con el proyectado acuerdo de libre comercio transatlántico entre la UE y Estados Unidos, se ha calculado que la relación transatlántica supondrá aproximadamente la mitad de la producción económica mundial y un 30% aproximadamente del comercio global actual, llegando así hasta los 700.000 millones de dólares en el ámbito de bienes y servicios. En el campo de la inversión extranjera directa, la inversión estadounidense en la UE –unos 114.800 millones de dólares– supera al total del continente asiático, y la de Europa en Estados Unidos –unos 110.700 millones de dólares– es muy superior a la inversión extranjera directa de China e India juntas en el país norteamericano¹⁹. No obstante, y a pesar de estas cifras, hay autores como Lagadec (2012) que consideran que se debería dar una respuesta a sus aspiraciones de lograr unas mayores cuotas de poder en las diversas instituciones internacionales dada su tendencia ascendente.

19. Véase: <http://www.latercera.com/noticia/negocios/2012/10/655-488842-9-eeuu-y-la-ue-inician-negociaciones-para-un-acuerdo-de-libre-comercio-el.shtml> y http://epp.eurostat.ec.europa.eu/cache/ITY_PUBLIC/2-13062012-BP/EN/2-13062012-BP-EN.PDF http://economia.elpais.com/economia/2012/06/13/actualidad/1339602595_364262.html

Los grupos ideológicos de la política exterior estadounidense

El segundo de estos factores estructurales sería la supuesta pérdida de interés en Europa por parte de grandes sectores de la política estadounidense y, especialmente, por unas nuevas generaciones que se sentirían menos vinculadas a Europa que sus predecesores, tal y como se puso de manifiesto en el discurso mencionado de Gates. Este elemento se ha visto reflejado en algunos de los debates recogidos por prominentes miembros de los *think tanks* o los principales grupos ideológicos que inciden en la política exterior estadounidense. Este apartado se enfoca sobre las elites que informan y dirigen la política exterior y no sobre la opinión pública de ambos lados del Atlántico, la cual de manera genérica y a pesar de las divergencias surgidas a raíz de la guerra de Irak, parece seguir manteniendo una confianza mayoritaria en *el otro*. Consecuentemente, persiste una opinión favorable a Europa entre la ciudadanía de Estados Unidos que contrasta, por ejemplo, con la desconfianza que despierta China, cuyo índice de aprobación solo llega al 26%²⁰.

A la hora de tratar los principales grupos ideológicos, tomaremos como modelo la clasificación utilizada por Tony Smith (2008), que divide a estos grupos en tres. El primero de ellos, y uno de los más clásicos, sería el de los *realistas*, que centran su atención principalmente en cuestiones relacionadas con los intereses vitales estadounidenses y las cuestiones de seguridad; algunos de sus representantes más destacados, entre académicos e intelectuales, son Richard Haass, Robert Gates, Henry Kissinger y George F. Kennan. El segundo estaría representado por los *liberales intervencionistas del Partido Demócrata*, herederos del antiguo idealismo wilsoniano y partidarios de la realización de intervenciones fundamentadas en conceptos normativos como la democracia o los derechos humanos; en este grupo encontramos a dirigentes como Madeleine Albright, Strobe Talbott, Samantha Power o Susan Rice. Finalmente, en el tercer grupo, encontraríamos a los *neoconservadores de tercera generación*, partidarios de una política internacional fundamentada en aspectos hegemónicos y en el uso unilateral de la fuerza, pero también de la expansión de la democracia liberal como forma de gobierno; entre sus representantes se encuentran autores y dirigentes como el senador John McCain, Robert Kagan y Paul Wolfowitz (Vaisse, 2010). De hecho, la noción de la paz democrática, la responsabilidad de proteger y la idea de Estados Unidos

20. Pueden verse algunas encuestas sobre esta cuestión en <http://www.pewglobal.org/> o en <http://www.opinioncorner.eu/3/>, además de en el propio eurostat.

como «la nación indispensable» serían elementos que habrían unido a estos dos últimos grupos y que los distinguirían de sus rivales realistas (Smith, 2008).

No es de extrañar que fuesen precisamente los neoconservadores, en un momento de particular tensión entre defensores y detractores de la guerra de Irak, los que comenzasen con el replanteamiento de las relaciones transatlánticas, si bien fundamentándose en criterios tradicionales, como la falta de apuesta europea por el poder duro y el uso de la fuerza militar, frente al caso estadounidense (Kagan, 2003). Una re-edición de la clásica división entre una *Venus europea* y kantiana frente a un *Marte estadounidense* de naturaleza hobbesiana marcados por una experiencia histórica y un contexto político diferente. Sin embargo, este debate, no del todo superado si observamos los planteamientos realizados por el exsecretario estadounidense de Defensa, queda en segundo plano frente a las consideraciones de otros autores como veremos en el campo realista.

La visión ideológica tanto de neoconservadores como de liberales intervencionistas, y su carácter más ideológico como herederos de la corriente estadounidense idealista, les hace plantear una visión dicotómica del mundo, en la que la distinción entre los estados del sistema internacional vendría determinada por la pertenencia a una forma de gobierno democrática y, por tanto, a situar a Estados Unidos y a Europa dentro del mismo campo frente a potencias como China o Rusia, entre otros países emergentes, por los valores e ideales que comparten (Kagan, 2008). No es tampoco casualidad que algunos de los liberales intervencionistas más destacados de la Administración Obama, como Susan Rice o Samantha Power, se alineasen con David Cameron y Nicholas Sarkozy dentro del proceso de toma de decisiones que llevaría a intervenir en Libia, una propuesta europea asumida después y modificada por la Administración Obama en sus objetivos²¹.

Uno de los más claros exponentes de un cierto realismo práctico como Richard Haass (2011) enunció, en un famoso artículo escrito para el *Washington Post*, los motivos reales de la *irrelevancia* europea como añadido a los ya recogidos por Gates. Entre esos factores estarían: la pérdida de relevancia estratégica de Europa frente a regiones como Oriente Próximo o Asia-Pacífico, centrales de cara a cuestiones de seguridad estadounidense; el cambio demográfico producido en el poder estadounidense, con unas elites *europalizadas* de la costa Este que pasarían a un segundo plano frente al peso de nuevos nacionales procedentes de regiones como Asia o Latinoamérica; así como el propio éxito de un proceso de

21. Véase «Obama takes hard line after being shift by Clinton», *The New York Times*, 18 de marzo de 2011.

integración europea que ha convertido el continente europeo en una región en paz que no requiere tanta atención como otras ya mencionadas. En una de las afirmaciones más destacadas del citado artículo se llega a expresar que «si hoy en día la OTAN no existiese, a nadie se le ocurriría inventarla».

Haass no es el único autor realista en expresarse en estos términos. Doug Bandow (2011), del *Cato Institute*, se expresó de forma similar en *The National Interest*, la revista que reúne mayoritariamente a autores realistas en el ámbito de la política exterior, cuando describió las debilidades europeas en esta materia y que coinciden en buena medida con las reflexiones de Gates y Haass. En el citado artículo se recoge como posible solución ante la crisis fiscal estadounidense, y ante la necesidad de destinar recursos a otras áreas geográficas de mayor interés, la necesidad de entregar la OTAN a los europeos y que sean ellos quienes asuman su propia defensa. No obstante, reconoce la falta de resultados del Tratado de Lisboa de la UE y de las reformas institucionales que lo acompañaron en el marco de la política exterior y de seguridad común; expone como argumento que, si bien ambas regiones están en *bancarrota*, Estados Unidos gasta más desde el punto de vista de la defensa y además protege a Europa, en tanto que Europa gasta paulatinamente menos en su propia defensa y prefiere mantener su *costoso* Estado del bienestar. El autor Jolyon Howorth Walt (2012) añade a los comentarios anteriores la falta de voluntad política y de visión estratégica de los líderes europeos a la hora de desarrollar la política de seguridad común que Europa debería tener en un momento de *disengagement* por parte estadounidense. Robert Kaplan (2009), por su parte, y exponiendo en *The Atlantic* los desafíos a los que se enfrenta Estados Unidos, reconoció ya en 2009 la incapacidad de la UE para dotarse de un esfuerzo colectivo y planteó que Estados Unidos había perdido a Europa tras la Guerra Fría ante la decadencia y la apatía.

Pese a que los autores realistas han sido los mayores críticos de la política hacia Europa, principalmente por cuestiones relacionadas con su falta de interés estratégico y los pilares de la cosmovisión defendida, existen autores que han planteado una visión menos crítica. De tal forma, Robert Gates reconoció ciertos vínculos identitarios en su crítico discurso de despedida mencionado con anterioridad²²; y Leslie Gelb (2012) expuso en la revista *The National Interest* que, pese a la propia opinión del presidente Obama, los aliados asiáticos de Estados Unidos no eran y nunca serían aliados en la misma medida que los europeos, a pesar de la profunda crisis económica que estaban atravesando estos últimos.

22. Véase nota 15.

Otro factor de interés es el recogido por el periodista James Mann (2012) en relación con la descripción realizada del gabinete de política exterior de la Administración Obama y los procesos de toma de decisiones articulados en torno a su figura. En su libro, Mann reconoce la pérdida de interés hacia Europa para algunos de los miembros más jóvenes de la citada Administración –los denominados *Obamians*–, que consideran a las potencias emergentes como potencias que ya han emergido realmente. El comportamiento estadounidense y su alineamiento con el grupo de potencias emergentes denominado BASIC (por las siglas de sus miembros: Brasil, Sudáfrica, India y China) es una prueba que recoge este autor a la hora de ratificar esta información. Sin embargo, él mismo reconoce que la Administración Obama ha tenido que enfrentarse a la falta de resultados de esta política, en especial respecto a su política asiática. En este sentido, Lagadec (2012) plantea que un posicionamiento de tanta actualidad podría no ser ninguna novedad, ya que, realmente, nunca ha existido una corriente proeuropea de la política exterior estadounidense a lo largo de su historia, ni un posicionamiento ideológico entre sus líderes de carácter *européista*, lo que obligaría a reformar parte de los argumentos de críticos y defensores sobre esta cuestión. Para estos autores la preocupación estadounidense por cuestiones europeas se ha centrado en momentos en los que, o bien Europa controlaba el mundo a través de sus imperios o bien era el campo de batalla principal y el centro de intereses estratégicos, coincidiendo con el argumento de los autores realistas²³.

La crisis económica

El tercer factor estructural sería el referido a la crisis del euro, que tan profundamente ha afectado al continente europeo y que se ha visto reflejada en numerosos análisis y en medios de comunicación y *think tanks* estadounidenses, que potencian la imagen de *decadencia* asociada a Europa. En este sentido, si bien Estados Unidos ha atravesado su propia dimensión de la crisis económica, las continuas referencias por parte de autores y medios de prestigio a la crisis económica europea, los análisis referidos al posible «fin del euro», así como las críticas asociadas al liderazgo alemán por su incapacidad de superar la crisis con

23. Esta afirmación se ve, además, respaldada por el hecho de que, hasta la Primera Guerra Mundial, la advertencia del presidente George Washington en su discurso de despedida referente a evitar que Estados Unidos se viese involucrado en el sistema de equilibrios y alianzas en Europa fue, generalmente, seguida.

la adopción de las llamadas «políticas de austeridad» (Krugman, 2012), han ayudado a consolidar esta visión y a crear una suerte de debate *declinista* con Europa en el centro (Laqueur, 2012) al que algunos autores europeos también han contribuido (Van Overveldt, 2011). A esto hay que añadir las declaraciones de diversos líderes políticos, tal y como vimos en el apartado anterior, culpando a Europa de la crisis que ha atravesado Estados Unidos en los últimos años, hecho que, por otro lado, ha vuelto a focalizar los intereses estadounidenses en sus antiguos aliados del otro lado del Atlántico, tal y como han demostrado las continuas visitas del secretario del Tesoro a Bruselas²⁴.

Conclusiones generales

A la vista de todo lo expuesto hasta el momento, podemos considerar que las relaciones transatlánticas han estado en crisis durante gran parte de su existencia. Las discrepancias entre ambos socios del Atlántico vienen de antiguo y las críticas estadounidenses hacia el gasto insuficiente en defensa por parte de Europa no son ninguna novedad. Las causas de la presente crisis, sin embargo, añaden cuestiones novedosas que hacen que tenga características distintas a las crisis precedentes, como la desatada en los años sesenta del siglo pasado a raíz de la salida francesa de la estructura de mando de la OTAN, o las discrepancias en relación con la *vieja* y la *nueva* Europa surgidas a raíz del conflicto iraquí. Las disidencias entre ambas orillas del Atlántico no parecen ser por más tiempo «el narcisismo de las pequeñas diferencias» con la que Peter Baldwin (2009) identificó este tipo de crisis en el pasado. En este sentido, las percepciones actuales de crisis en la citada relación vienen determinadas en mayor medida por una serie de cuestiones estructurales presentes tanto en el discurso como en los debates estadounidenses –pero también europeos– sobre la vigencia de dichas relaciones. La combinación de diversos elementos como las percepciones en relación con el ascenso de nuevas potencias, la pérdida de interés de nuevas generaciones de líderes estadounidenses en el mantenimiento de la antigua relación con los estados europeos, así como la crisis del euro, han actuado de manera conjunta para extender el debate declinista en referencia al continente europeo y plantear dudas sobre el interés estadouni-

24. Entre otras noticias, véase «Geithner: Europe Threatens U.S. Economy», *CNN*, 25 de julio de 2012. «Advice on Debt? Europe Suggest U.S. can Keep it», *The New York Times*, 26 de septiembre de 2011.

dense en mantener su presencia en una región que ya no tiene el valor estratégico que tenía para Estados Unidos durante la Guerra Fría. No es sorprendente, pues, que de los diferentes grupos ideológicos existentes dentro de la política exterior estadounidense, los realistas hayan sido los más críticos con Europa.

Por su parte, la actuación de la Administración Obama no ha colmado las expectativas de cambio y retorno al multilateralismo que la mayor parte de líderes europeos había albergado. Determinadas actuaciones, como el alineamiento con las potencias emergentes en la Cumbre del cambio climático de Copenhague, su ausencia en la Cumbre de Relaciones Transatlánticas de Madrid de 2010, la autodefinición de Obama como el primer presidente estadounidense del Pacífico o las escasas tres horas dedicadas a la Cumbre de Lisboa en noviembre de 2010 con los líderes de la UE, han contribuido a que se le pudiese considerar uno de los presidentes estadounidenses «menos europeo». Todo ello pese a que el propio presidente Obama en sus declaraciones y en las sucesivas estrategias políticas que han ido saliendo a la luz durante su mandato proclamase las relaciones transatlánticas como la *piedra angular* de la relación de Estados Unidos con el mundo y un catalizador para su acción internacional. Las evidencias no quedan recogidas de manera exclusiva en los discursos del presidente. Diferentes intelectuales, como Leslie Gelb (2012) o James Mann (2012), parecen confirmar el escaso interés del presidente Obama por sus aliados europeos y su intención de elevar el nivel de las relaciones transpacíficas, en un momento en que dicha región cobra una mayor importancia desde el punto de vista estratégico y donde la presencia estadounidense aumenta, contrariamente a lo que sucede en Europa. No solo el propio presidente Obama defiende esta posición, sino también buena parte de los miembros de su gabinete que, a diferencia del exsecretario de Defensa Robert Gates, no tienen la experiencia de la Guerra Fría y ven a las potencias emergentes como potencias ya emergidas. La resurrección del debate declinista en relación con Europa de la mano de autores como Laqueur parece haber influido también en la actitud de los medios de comunicación y la academia estadounidense a la hora de tratar la región.

Esta visión de una Europa en crisis, sin embargo, debería ser matizada por el desarrollo de los acontecimientos de la política exterior de la Administración Obama. De hecho, el discurso y la práctica nos plantean un relato distinto. Si inicialmente la Administración Obama parecía haber pasado de intentar revitalizar las relaciones con sus aliados del otro lado del Atlántico al establecimiento de una relación transpacífica más potente, los acontecimientos posteriores han mostrado una serie de cambios. El estallido de la Primavera Árabe, y la consiguiente intervención en Libia, pese a las críticas de contenido clásico del exsecretario de Defensa Gates, supusieron una cierta revitalización de la alianza estadounidense con los estados europeos, así como el establecimiento de posiciones comunes que

se han mantenido en otros desafíos como la cuestión nuclear iraní. Asimismo, existe una mayor confianza mutua entre la opinión pública de ambos lados del Atlántico, que es particularmente llamativa si se compara con la desconfianza que despiertan actores emergentes como China; ello se ha mantenido durante la presidencia de Obama. El discurso pronunciado en noviembre de 2012 por Hillary Clinton, en torno a la cuestión transatlántica, parece confirmar esta visión, aunque Clinton no haya mantenido su cargo en el segundo mandato del presidente y se haya alejado de su figura en los procesos de toma de decisiones. La falta de resultados de la política asiática de Obama y, particularmente, de los intentos de mantener una relación más fluida con China parece haber contribuido de igual modo a esta cuestión. No obstante, dados los cambios en algunos de los cargos más relevantes del segundo mandato de Obama, como la sustitución de Clinton por el senador John Kerry, habrá que estar atento a las posibles modificaciones de algunas de las líneas maestras de la política exterior estadounidense.

Referente a la crisis económica, y pese al daño que ha producido a la imagen de Europa, esta ha vuelto a situar al continente en el centro de los intereses estadounidenses en el ámbito global. Paradójicamente, la crisis se ha convertido en una oportunidad para la reafirmación de la importancia y la revitalización de las relaciones transatlánticas, pese a la aparente ignorancia o tratamiento negativo que se le han otorgado a estas relaciones a lo largo de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2012. Hay otros factores que favorecen el optimismo en este sentido. Tal y como expone Lagadec (2012), desde un punto de vista militar, Estados Unidos y Europa siguen manteniendo una enorme ventaja respecto de las potencias emergentes, de las cuales solo China y, en menor medida, Rusia, parecen tener una cierta relevancia en este ámbito. Las cuestiones identitarias, ideológicas o de valores en temas como la democracia o los derechos humanos, siguen uniendo a los aliados de ambas orillas del Atlántico frente a las potencias emergentes, que no comparten necesariamente el entusiasmo europeo por dichos conceptos y el uso que hacen de ellos. Ello quedó patente en su abstención en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en relación con Libia y que la V Cumbre del grupo BRICS de 26 de marzo de 2013 sancionaría en relación con la defensa de un concepto de soberanía fuerte y con el rechazo a *cambios de régimen* en estados *incómodos* para Occidente, según afirmó el presidente ruso Vladimir Putin. El discurso del presidente chino Xi Jinping en su visita a Moscú el 22 de marzo de 2013, que hace referencia a la relevancia de la relación ruso-china de cara al *equilibrio estratégico* global como contrapeso frente a Estados Unidos y la Unión Europea, parece reconocer esta cuestión, así como el reequilibrio que potencias emergentes como los BRICS pretenden realizar frente a Occidente con iniciativas como la creación de su propio Banco de Desarrollo, dedicado a financiar proyectos en ámbitos como la energía o las infraestructuras.

Aun así, y pese al supuesto ascenso *de los demás* y a la narrativa que lo apoya, el espacio atlántico sigue siendo una de las zonas de mayor relevancia a nivel económico y comercial del planeta. En este sentido cabe destacar diversas propuestas, como la realizada recientemente, entre otros, por Javier Solana –y ahora impulsada de manera entusiasta por la propia Administración Obama– en torno al establecimiento de una zona transatlántica de libre comercio y la importancia de la inversión directa entre Europa y Estados Unidos, que sigue superando ampliamente a la que ambas sostienen con los estados de Asia y otras regiones emergentes. A esto hay que añadir los pronósticos cada vez más críticos de unos modelos económicos que comienzan a mostrar signos de agotamiento y al hecho de que, pese a la elevada duración del crecimiento de estas potencias emergentes, y pese a que en número total de PIB hayan superado a algunos de los estados europeos, este ascenso parece no haber llegado a consolidarse de manera definitiva y superar algunas de sus debilidades estructurales.

El cambio de actitud de la Administración Obama respecto de algunos de los percibidos *desplantes* de su primer mandato no debería hacer perder la perspectiva de unos líderes europeos que afrontan, cada vez en mayor medida y en medio de una grave crisis económica, la necesidad de que Europa asuma definitivamente el control sobre su propia seguridad y reduzca su dependencia en estas cuestiones de la potencia norteamericana. Esta es una de las principales demandas de los líderes estadounidenses, en un momento de dificultades económicas y en el que los problemas estratégicos no están teniendo su centro en el continente europeo sino en la competición por la hegemonía regional con China en Asia, tal y como destacados autores realistas han puesto de manifiesto. Esta demanda también está en el interés europeo, si realmente lo que sus líderes pretenden es asentar su papel como actor global de relevancia, capaz de proyectar sus intereses y valores a través del ejercicio de su poder duro y de su poder blando, algo que ni el Tratado de Lisboa ni las reformas puestas en marcha a raíz de su entrada en vigor parecen haber conseguido hasta el momento. De hecho, la crisis de las relaciones transatlánticas viene marcada más que nunca por las percepciones de los líderes europeos en relación con su propia *irrelevancia*, siendo la crisis transatlántica un factor exponencial de la misma por la tradicional cercanía y colaboración entre dos regiones unidas por lazos históricos, culturales o de valores, y cuya relación ha sido durante más de medio siglo garante de paz, estabilidad y prosperidad en dicho espacio. La capacidad de los líderes europeos para mantener la alianza tradicional con su aliado histórico parece ser la piedra de toque que determinará la capacidad europea para ejercer su influencia en el mundo del siglo XXI. Si no lo consigue, parece difícil augurar el éxito de cualquier acción exterior que afronte el desafío de ejercer dicha influencia en zonas mucho más alejadas de la órbita cultural o política de Occidente, y haría que las amargas profecías de Gates en su discurso de despedida como secretario de Defensa y de los defensores del *declinismo* europeo pudieran ser factibles.

El discurso sobre la irrelevancia de Europa es una cuestión asentada, principalmente, sobre la falta de voluntad política de estados y líderes para ejercer un papel de liderazgo global, dotarse de los medios necesarios para ello y, lo que es más importante, tomar la decisión de utilizarlos. De hecho, la duda que cabe plantearse y que ofrece la mayor sombra sobre el estado actual de las relaciones transatlánticas es si realmente los líderes europeos tendrán la capacidad y la voluntad política de mantener dicha relación y lograr, por fin, el ansiado protagonismo que la Unión Europea, como actor global, pretendió alcanzar con la aprobación del Tratado de Lisboa y que hoy parece quedar lejos de obtener.

Referencias bibliográficas

- Albright, Madeleine. *Madame Secretary. A Memoir*. Nueva York: Ed. Hyperion, 2003, p. 429-454.
- Baldwin, Peter. *The Narcissism of Minor Differences. How America and Europe Are Alike*. Oxford: Oxford University Press, 2009, p. 1-14.
- Bandow, Douglas. «Departing Europe». *The National Interest* (12 de julio de 2010).
- Brown, Eugene y SNOW, Donald M. *United States Foreign Policy. Beyond the Water's Edge*. Boston: Ed. Bedford/St. Martin's, 2000, p. 90-271.
- Brzezinski, Zbigniew. *Second Chance. Three Presidents and the Crisis of American Superpower*. Nueva York: Basic Books, 2007.
- Diamond, Larry. *The Spirit of Democracy. The Struggle to Build Free Societies Throughout the World*. Nueva York: Ed. Holt Paperbacks, 2008, p. 12-15.
- Dobbins, James F. *After the Taliban. Nation-Building in Afghanistan*. Washington: Potomac Books, 2008.
- Gat, Azar. «The Return of Authoritarian Great Powers». *Foreign Affairs*, vol. 86, n.º 4 (julio/agosto 2007), p. 59-69.
- Gelb, Leslie H. «The Elusive Obama Doctrine». *The National Interest*, n.º 121 (septiembre/octubre 2012), p. 26.
- Haass, Richard N. *War of Necessity. War of Choice: A Memoir of two Irak Wars*. Nueva York: Simon & Schuster Paperbacks, 2009.
- «Why Europe no Longer Matters». *The Washington Post* (18 de junio de 2011).
- Holbrooke, Richard. *Para acabar una guerra*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 1999, p. 360-373.
- Howorth, Jolyon. «Europe defense policy needs a recalibration». *Foreign Policy* (29 de junio de 2012).
- Kagan, Robert. *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Madrid: Ed. Taurus, 2008, p. 1-162.

- *Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*. Madrid: Ed. Taurus, 2003. p. 1-166.
- Kaplan, Lawrence S. *NATO 1948. The Birth of the Transatlantic Alliance*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2007, p. 229-235.
- Kaplan, Robert. «The Fall of the Wall». *The Atlantic* (noviembre de 2009).
- Krugman, Paul. «Europe's Economic Suicide». *The New York Times* (15 de abril de 2012).
- Kupchan, Charles. *No One's World. The West, the Rising Rest and the Coming Global Turn*. Nueva York: Ed. Oxford University Press, 2012, p. 74-145.
- Lagadec, Erwan. *Transatlantic Relations in the 21st Century. Europe, America and the rise of the rest*. Oxon: Ed. Routledge, 2012, p. 26-27, 58-71 y 146-180.
- Laqueur, Walter. *After the Fall: The End of the European Dream and the Decline of a Continent*. Nueva York: Ed. Thomas Dunne Books, 2012, p. 1-164.
- Mahbubani, Kishore. *The New Asian Hemisphere. The Irresistible Shift of Global Power to the East*. Nueva York: Public Affairs, 2008, p. 1-11.
- Mann, James. *The Obamians. The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*. Nueva York: Ed. Penguin Books, 2012, p. 171-190.
- *The Rise of the Vulcans. The History of Bush War's Cabinet*. Nueva York: Ed. Penguin Books, 2004.
- Mead, Walter R. *Special Providence. American Foreign Policy and How it Changed the World*. Nueva York: Routledge, 2002.
- Mearsheimer, John J. *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Ed. Norton & Co., 2001, p. 1-28.
- Neustadt, Richard E. *Presidential Power and the Modern Presidents. The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*. Nueva York: Free Press, 1990.
- Obama, Barack H. *La audacia de la esperanza*. Barcelona: Península, 2008, p. 287-342.
- «Renewing American Leadership». *Foreign Affairs*, vol. 86, n.º 4 (julio/agosto 2007).
- O'Neill, Jim. *The Growth Map*. Nueva York: Ed. Penguin Books, 2011, p. 1-232.
- Parsi, Vittorio E. *The Inevitable Alliance. Europe and the United States Beyond Iraq*. Londres: Palgrave, 2006.
- Pfaff, William. *The Irony of Manifest Destiny. The Tragedy of America's Foreign Policy*. Nueva York: Walker, 2010.
- Serfaty, Simon. *The Vital Partnership*. Lanham: Ed. Rowman & Littlefield Publishers, 2005, p. 123-150.
- Sharma, Ruchir. «Broken Brics. Why the Rest Stopped Rising». *Foreign Affairs*, vol. 91, n.º 6 (noviembre/diciembre 2012).

- Sloan, Stanley R. *Permanent Alliance? NATO and the Transatlantic Bargain from Truman to Obama*. Nueva York: Continuum Books, 2010, p. 6-7.
- Smith, Tony. «Wilsonianism after Iraq», en: Ikenberry, G.J. (ed.). *The Crisis of American Foreign Policy. Wilsonianism in the Twenty-first Century*. Princeton: Princeton University Press, 2008, p. 66-74.
- Vaisse, Justin. *Neoliberalism: The Biography of a Movement*. Cambridge: The Balknap Press, 2010. p. 1-20 y 271-282.
- Van Overveldt, Johan. *The End of the Euro. The Uneasy Future of the European Union*, Chicago: B2 Books, 2011, p. 1-10.
- Wendt, Alexander. *A Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- «Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics». *International Organization*, vol. 46, n.º 2 (1992), p. 391-425.
- Woodward, Bob. *State of Denial. Bush at War, Part III*. Nueva York: Simon & Schuster, 2006.
- Zakaria, Fareed. *El mundo después de USA*. Barcelona: Espasa, 2009, p. 1-304.